

b) Resulta de particular utilidad práctica lograr que los alumnos se habitúen al orden indoeuropeo de la frase que con tanta reiteración presenta el griego, es decir, la subordinada precede a la principal.

c) Deben tenerse siempre muy presente los dos esquemas de la correlación de tiempos y modos, para captar el valor del optativo y adoptar la correspondiente correlación castellana.

d) Cuando aparece una forma en voz media, debe observarse si en su proximidad se encuentra un genitivo con preposición porque en caso afirmativo la construcción será con toda seguridad pasiva.

NECESIDAD, PARA EL APRENDIZAJE DEL LATIN, DE UNA GRAMATICA RACIONAL SISTEMATICA Y CONSTRUCTIVA

Por EUGENIO DE ASÍS GONZÁLEZ
Catedrático de Latín

Nadie pone en duda la actual crisis de los estudios clásicos. Esta nos ha congregado aquí. Está en juego esta tajante disyuntiva: si el mundo actual ha de vivir del pasado bajo el poder moderador de la cultura greco-latina o ha de volver la espalda a principios que se consideran caducos e inoperantes. O lo que es lo mismo: evolución o revolución. Ha habido ciertamente serios motivos para la desconceptuación de los estudios clásicos; fallos considerables en el adiestramiento clásico han desilusionado a los que esperaban con razón casi todo de la formación humanista de nuestra juventud. Demasiado aferrados, tal vez, al mimetismo y abstracción no hemos estado a tono con los tiempos ni aprovechado la coyuntura histórica que exige más practicismo y simplicidad y, en flagrante paradoja, con nuestros métodos de aprendizaje estamos traicionando al espíritu de la raza latina: en efecto, al simplicismo y practicismo del pueblo-rey pregonado por Horacio— *sit quoduis simplex dumtaxat et unum; mihi res, non me rebus submittere conor*— respondemos en la mayoría de nuestros tratados con una profusión y complejidad gramatical con la que, en frase de un humanista del siglo xvi, “quitamos voluntades y en lugar de los atraer con blandura les damos con la puerta en los ojos y dexan sus buenos propósitos” y “hacemos los arrabales mayores que la ciudad” o “para alargar la cura o para que el arte parezca más ardua”.

Hay una verdad tangible: que la juventud de hoy busca lo breve y lo tajante, lo sistemático y constructivo, lo que sirve para la vida y no lo que es mero accidente, decoración y sutileza; huye del barroquismo y del casuismo abigarrado por lo que, en toda clase de conocimientos, hay que suministrarle principios básicos incuestionables con los cuales y sobre los cuales pueda construir su ciencia personal. Mucho más en latín, idioma de

contextura rigurosamente matemática y de enérgica trabazón lógica que obliga al discente a un razonamiento continuado para descubrir las relaciones de los vocablos y su misma complejidad significacional.

Tal naturaleza idiomática es inabarcable con los procedimientos y métodos gramaticales al uso, en su mayoría memorísticos e inconexos, con acumulación de hechos idiomáticos y paradigmas sin sistematización y por ende sin seriación genética. A esto se debe, a nuestro entender, que resulte totalmente inoperante la formación latinista de nuestra juventud y de ello deriva en gran parte la hostilidad de los alumnos a esta clase de conocimientos suministrados de manera irreflexiva—cuando no irracional—, empírica y memorística que a lo sumo les asoma al mundo humanístico pero con visión parcial y desmayante. ¿Qué tiene que hacer el Latín en la hora actual? Lo de siempre: cultivar la persona humana, formar inteligencias, desarrollar facultades anímicas y, mediante esto, ponernos en contacto con la antigüedad clásica, cantera inexhausta de realidades. Disciplina el Latín que no puede ni debe actualizarse, entraña tales posibilidades de poner en ejercicio las facultades intelectuales privativas del hombre que con razón ha de entenderse es la más formativa y reclama del discente una casi total dedicación, no con criterio exclusivista, sino considerándola como centro de interés en el que encontrará reflejadas las demás realidades cognoscibles donde radica su valor informativo. Y eso ha de ser el Latín o no es nada sino quimera y símbolo.

Para conseguirlo hay que practicar en su aprendizaje un método gramatical esencialmente racional, sistemático y constructivo que ponga al alumno en plena actividad mental y le proporcione con rigor científico a la vez que los hechos idiomáticos, la génesis y causa de los mismos. Se objetará que este procedimiento es inadecuado a mentes de adolescentes que llegan a iniciar el estudio del Latín con la tara del desconocimiento reflexivo del propio idioma materno, pero esta misma realidad acusa la conveniencia y necesidad del sistema—practicado, claro está, de manera simplista—si se quiere que el alumno sea algo más que el receptáculo pasivo y estéril de realidades que no han de dejar huella estimulante en su espíritu.

Siendo el idioma algo constructivo que se basa en leyes fijas y tan inmutables como las de la naturaleza, debemos tender a que el alumno haga suyos estos principios lingüísticos elementales, sistematizando los conocimientos, presentándolos como un todo orgánico y abarcando mediante sencillas síntesis —*non multa sed multum*— la multiplicidad de hechos idiomáticos (1).

La Gramática tradicional tiene necesidad de racionalizarse. Al casuismo inconexo e inabarcable de las gramáticas al uso (callando pudorosamente

(1) La lingüística ha superado el ya conocido concepto de Horacio sobre el lenguaje "si volet usus quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi".

las deformativas y pintorescas de los últimos tiempos en las que se pueriliza y actualiza el latín hasta extravagantes extremos, restándole su propia savia y valor formativo) opondríamos una sencillez y simplicidad no exenta de rigor científico.

Hagamos simple y sencillo el aprendizaje del Latín, pero completo y racional, no empírico y memorístico; cultivemos la gramática "pro virile parte", poniendo en constante juego a la inteligencia hasta conseguir el conocimiento reflexivo del idioma con comprensión clara y perfecta de la nomenclatura gramatical (nominativo, vocativo, ablativo, genitivo, imperfecto, pluscuamperfecto, indicativo, subjuntivo), que sustancialmente responda a su contenido con suma plasticidad conceptual.

Nada de reglas inconexas y numerosas con prolijas excepciones, "odiosa cautio", sino seriación rigurosa de hechos idiomáticos. Pocos conocimientos pero fecundos: que unas ideas lleven a otras por deducciones fáciles; del conocimiento de las partes de la oración al de los casos gramaticales y de éstos al de las oraciones compuestas subordinadas hasta conseguir la difícil sencillez, la unidad informante del idioma y el conocimiento sistemático en suma, único que deja impronta en la mente y es a su vez generador del "*scire per causas*" de los filósofos.

Acostumbremos al alumno a hacer simplificaciones gramaticales en pequeñas síntesis que abarquen panorámicamente un conjunto sistemático de conocimientos, reduciendo la pluralidad paradigmática a una unidad flexional con trabazón lógica que sea reflejo, siquiera tenue, del rigorismo peculiar del idioma y raza latinas. Ofrezcámosle las leyes fundamentales del lenguaje, principios que no tenga que rectificar más tarde y le abran insospechados horizontes idiomáticos; en definitiva, sea el conocimiento gramatical racional y reflexivo, no empírico y memorístico; sistemático y constructivo, no ocasional y casuístico; empleemos un aprendizaje intensivo más que extensivo como único medio de llegar a superar la gramática y el idioma a los que, por el método tradicional o se llega tarde o no se llega. Por eso esta rectificación metodológica, si conveniente en todos los campos de la enseñanza del Latín, se hace insoslayable cuando se trata de alumnos del Bachillerato, quienes de manera preceptiva realizan el estudio del mismo en sólo dos cursos con clase diaria y alterna en los que no se logra sino confusión y hastío con la repetición irreflexiva de paradigmas y enunciados, de reglas y excepciones. ¿Qué sentido tiene ese monótono canturreo de *musa, musae, amo, amas, amare, amavi*, si el alumno no sabe que en esas fórmulas está la clave de la declinación y la conjugación y ha de deducir consecuentemente los casos y los tiempos?

Naturalmente, acogiendo con la debida reserva estas innovaciones, bien se ve que puede y debe hacerse cierta rectificación en los tratados gramaticales al uso en el sentido de dar más entrada a la razón, de hacerlos más reflexivos y por ende formativos y prácticos. En todo caso exigiríamos en

una Gramática conceptos claros, orden riguroso de ideas, poco pero definitivo, mejor que mucho pero superficial, inoperante. Solamente así, superando este precedente indispensable para los textos latinos, éstos resultan además de amenos, informativos y aleccionadores; se percibe en ellos el paralelismo externo y conceptual, la robustez y simplicidad de la frase y no resulta fenómeno extraño la sobriedad y exactitud de una raza reflejada en la virtualidad de su idioma, armoniosa síntesis de arte y contenido, de majestad y sencillez, de vigor y lozanía.

III. EL CURSO PREUNIVERSITARIO

EL LATIN EN EL CURSO PREUNIVERSITARIO

Por JOSÉ SANZ RAMOS
Catedrático de Latín

La finalidad del Curso Preuniversitario es preparar al bachiller superior para la Universidad. Por eso su tarea debe consistir en iniciar al alumno en los problemas y métodos de la vida universitaria, en ir creando en su espíritu el "*habitus scientiae*" objeto, a mi entender, el primero de la Universidad.

El latín y el griego, por lo que a la Sección de Letras se refiere, representan dentro del actual plan del Ministerio la labor más continuada y formativa del alumno.

Para concretar y ejemplificar nos vamos a referir aquí al Texto latino propuesto para el año escolar 1960-61; el libro I, de Tito Livio, "*Ab urbe condita*".

Las consideraciones que aquí damos, representan en parte lo realizado en dicho curso con y por mis alumnos y en parte también programa.

Por primera vez —oficialmente al menos— se enfrentó el alumno con un texto de historia antigua, no un manual como los que estudió en el bachillerato—eco de ecos—sino con una posible fuente histórica.

Y ante el texto el alumno debió preguntarse —y, si no, debió el profesor sugerirle la cuestión de ¿cómo entrar en él y poseerle? ¿Cómo—empleando términos culinarios—sacarle todo jugo? Hubo que hacer ver al alumno que un texto de cualquier autor antiguo no aparece ante nosotros por una especie de generación espontánea sino que es el término de una gran cadena en la que las más veces faltan numerosos enlaces.

Es interesante a este respecto la lectura del capítulo III de la *Introduction au latin*, de Marouzeau, titulado *Les textes: comment nous sont parvenus?*" Hágase notar al alumno los avatares por los que a lo largo de